

Lukasz Samiec OFMConv*
WT KUL, Lublin

LA NATURALEZA MISIONERA DE LA IGLESIA EN SU FUNCIÓN SOTERIOLÓGICA A LA LUZ DE LOS DOCUMENTOS DE CONCILIO VATICANO II

El Concilio Vaticano II en la Constitución *Lumen gentium* muestra el misterio de la Iglesia en relación con la Santísima Trinidad. En la perspectiva como el fruto del amor, que une al Padre con el Hijo en el seno de la Trinidad: justamente con la fuerza de este amor el Padre quiso unir a toda la creación en su Hijo. *Mysterium Ecclesiae* surge por lo tanto de *Mysterium Trinitatis*. Además en el *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia* se define que: “La Iglesia es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre” (AG 2). Con esta afirmación el Concilio ha definido en su esencia la dimensión misionera de la Iglesia, y ha reafirmado que la predicación del Evangelio a todos los hombres es la principal tarea de la Iglesia – la salvación.

En el *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia* Concilio Vaticano II había definido que: “La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre”¹. Con esta afirmación el Concilio ha definido en su esencia la dimensión misionera de la Iglesia, y ha reafirmado que la predicación del Evangelio a todos los hombres es la principal tarea de la Iglesia. La evangelización, unida a la historia de la salvación, es gracia y vocación del Cuerpo Místico de Cristo. Por tanto, tiene sentido la afirmación de la *Evangelii nuntiandi*, de que la Iglesia es para la evangelización².

* O. Lukasz Samiec OFMConv, franciszkanin, doktorant Instytutu Teologii Dogmatycznej KUL; e-mail: lsamiec@gmail.com.

¹ AG 2.

² Cfr. EN 14.

Hay que recordar que al hablar del Concilio y de su eclesiología existen diversos conceptos, que se complementan mutuamente, y por esta razón se los usa indistintamente en todo el trabajo.

La primera afirmación respecto a nuestro problema es eminentemente positiva³: “La Iglesia es sacramento universal de salvación”⁴. Esto se ha de entender en el sentido de lo que la misma constitución dice en el capítulo II, donde reafirma la enseñanza tradicional según la cual la Iglesia es necesaria para la salvación⁵.

La segunda perspectiva es la que se refiere al concepto eclesiológico de “Pueblo de Dios”. En efecto, el crecimiento de los estudios bíblicos, litúrgicos, especialmente del bautismo, y los trabajos y contactos ecuménicos, potenciaron la renovación eclesiológica a partir de este concepto, que tenía la ventaja de no identificar a la Iglesia con la jerarquía, puesto que subrayaba primordialmente la igualdad radical de todos los bautizados y a su vez el carácter histórico y escatológico de este pueblo⁶.

La tercera expresión conciliar que aclara el significado de la Iglesia, es la alegoría del “Cuerpo Místico”. En primer plano sobresale el pensamiento de la armonía. No obstante la diversidad existe unidad. Como en un organismo donde se realizan diversas funciones en función del bien común (dones, carismas). El poder de gobierno y magisterio, asistido en modo permanente por el Espíritu Santo. Y por eso hay unidad de enseñanza, que no es otra cosa sino fidelidad creativa al Evangelio y sumisión al Espíritu Santo. Y luego la caridad que ejerce una labor eficaz y verdadera en la vida de la Iglesia, la dinamiza hacia la plenitud de su perfección⁷.

Y por lo último aparece la idea de Iglesia como “Misterio de Comunión”. El concepto de comunión se entiende en cuanto misterio de la unión personal de cada hombre con la Trinidad divina y con los otros hombres, iniciada por la fe. Para que el concepto de comunión, que no es unívoco, pueda servir como clave interpretativa de la eclesiología, debe ser comprendido, seguir dentro de la enseñanza bíblica y la tradición patristica, en una doble dimensión: vertical (comunión con Dios) y horizontal (comunión entre los hombres). Es esencial a la visión cristiana de la comunión reconocerla, ante todo como don de Dios, como fruto de la iniciativa divina cumplida en el misterio pascual. La nueva relación entre el hombre y Dios,

³ Hay que tener en cuenta que no se trata de una fórmula negativa *Extra Ecclesiam nulla salus* (aunque y esa frase en los principios no tuvo carácter de exclusivismo, S. Cipriano lo veía en forma inclusiva de sintetizar la tarea de la Iglesia, pero con el tiempo esa fórmula en el uso popular había estrechado su significado), sino de una fórmula positiva *Sacramentum universale salutis*. He aquí la gran novedad de esta doctrina conciliar.

⁴ LG 48.

⁵ Cfr. LG 14.

⁶ Cfr. Y. Congar, *La Iglesia como pueblo de Dios*, „Concilium” 1 (1965), pp. 9–33.

⁷ Cfr. LG 7.

establecida en Cristo y comunicada en los sacramentos, se extiende también a una nueva relación de los hombres entre sí⁸.

Ya las reflexiones anteriores requieren clara definición de la terminología conciliar usada en la eclesiología de la misión, para evitar el peligro de una incorrecta comprensión de la dimensión misionera de la Iglesia. Para definir esto, se intercambian, por lo menos, tres términos: “misión”, “apostolado”, y “evangelización”. Dos de ellos, “misión” y “apostolado”, tienen la misma etimología. Vienen de la palabra griega “ἀποστέλλειν” (*apostéllein*) que significaba enviar, mandar, delegar y autorizar. La palabra “apostolado” indica una estrecha relación fonética con la lengua griega, mientras que “misión” es traducción al latín de “ἀποστέλλειν” («misio», «missus» — misión, enviado). Estos dos términos se refieren a la predicación del Evangelio que se relaciona con “evangelización”⁹. Después de esta aclaración etimológica, hay que darse cuenta de la diversidad de formas de apostolado en la Iglesia. Las diferencias de actividades apostólicas en la misión de la Iglesia, nacen no de razones intrínsecas a la misión misma, sino de las diversas circunstancias en las que ésta se desarrolla. Las diversas actitudes, determinadas por las distintas circunstancias son hacer presente a la una y única situación misionera de la Iglesia.

Además vale la pena mencionar la riqueza que hay entre los términos “misión” y “evangelización”. Muchos teólogos perciben como si fueran diferentes, aunque relacionados. Incluso analizando el texto de los cuatro relatos del Evangelio encontramos sentidos un poco desiguales¹⁰. El concepto de la evangelización se ve en la actitud de Cristo y de la proclamación del Reino de Dios con el cual se identifica¹¹, y la misión tiene su momento culminante en el misterio pascual, con todo su aspecto trinitario¹². Pero para necesidades de este trabajo me atrevo no entrar en la pregunta: ¿si el concepto de la misión es más amplio que la evangelización, o no? Y siguiendo la idea que la misión es encarnar el Evangelio¹³, por eso admito para mi propio uso como sinónimos.

Juan Pablo II en la encíclica *Redemptoris missio*, mirando al mundo actual desde el punto de vista de la evangelización, señala *tres situaciones misioneras*. La primera, “la misión *ad gentes*”, cuyo objetivo es llegar a la gente que aun no conoce a Cristo ni a su mensaje¹⁴. En efecto, según el Concilio, “el fin propio de esta actividad misional es la evangelización e implantación de la Iglesia en los pueblos o grupos en que todavía no ha arraigado”¹⁵.

⁸ Cfr. LG 4.8.13–15.18.21.24; DV 10; GS 32.

⁹ Cfr. W. Kowalak, *Teologiczne podstawy zaangażowania misyjnego*, Warszawa 1997, pp. 5–6.

¹⁰ RM 23.

¹¹ Cfr. op. cit. 13.

¹² Cfr. op. cit. 21.

¹³ Cfr. EN 59; RM 52.

¹⁴ Cfr. RM 33.

¹⁵ AG 6.

La segunda situación misionera se presenta en las comunidades cristianas con estructuras eclesiales adecuadas y sólidas; tienen un gran fervor de fe y de vida, irradian el testimonio del Evangelio en su ambiente y se comprometen con la misión universal. En ellas se desarrolla la actividad o atención pastoral de la Iglesia¹⁶.

La tercera y última situación es intermedia, especialmente en los países de antigua cristiandad, pero a veces también en las Iglesias más jóvenes, donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido vivo de la fe o incluso ya no se reconocen como miembros de la Iglesia. En este caso es necesaria una «nueva evangelización» o «reevangelización»¹⁷.

LA SANTÍSIMA TRINIDAD FUENTE DE LA NATURALEZA MISIONERA DE LA IGLESIA

La naturaleza misionera de la Iglesia tiene su fundamento en el dinamismo interior de la Santísima Trinidad¹⁸. Aquí en este momento valdría la pena recordar una expresión muy significativa del *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia (Ad gentes)*, donde el Concilio Vaticano II solemnemente anuncia, que “la Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión («ex missione») del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre”¹⁹. Esta afirmación tiene mucha importancia para la reflexión teológica sobre carácter misionero de la Iglesia, que se apoya dinámicamente en la misma misión trinitaria²⁰. Teniendo su fuente en la iniciativa de Dios Padre, que realiza en la historia su Divino estilo de vida, empezado por Cristo y sus discípulos, nace su vida de la permanente existencia del Espíritu Santo. A la luz de esta expresión está claro que, entre la Santísima Trinidad y la naturaleza misionera de la Iglesia existe una relación ontológica. Por tanto, está plenamente justificada la percepción de la Iglesia como icono de Dios Trino y Uno²¹.

En el decreto *Ad gentes* los padres conciliares relacionan la misión de la Iglesia con la misión o envío de las Personas Divinas: la *missio Ecclesiae* es más comprensible si tiene su origen en el misterio intratrinitario de Dios. Aunque el Padre no es enviado, sin embargo Él engendra al Hijo. Y esta procreación no es otra cosa que la misión (envío), que Cristo realiza en la historia de la salvación. Por su parte, el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, es el agente o protagonista de la

¹⁶ Cfr. RM 33.

¹⁷ Cfr. op. cit. 33.

¹⁸ Cfr. K. Müller, *Teologia misji*, Warszawa 1989, p. 88.

¹⁹ AG 2.

²⁰ Cfr. RM 1.

²¹ Cfr. A. Wolanin, *Duchowość misyjna*, <http://mateusz.pl/goscie/zd/21/zd21-10.htm> [4 de abril 2009].

Misión Trinitaria²². Por tanto, la misión caracteriza a la Santísima Trinidad: Dios en todo su ser constantemente envía. La comunidad divina se hace a través de la comunicación perpetua de sí en el amor. La Iglesia como el icono de Dios Trino y Uno es misionera en cada una de sus dimensiones de ser: 1) sacramento de la salvación, 2) Pueblo de Dios, 3) Cuerpo Místico, 4) Misterio de comunión. A la luz de la teología de las misiones Divinas, resulta obvia la opinión del Concilio que considera la misión como elemento constitutivo de la Iglesia peregrina²³.

La dimensión misionera de la Iglesia tiene su fundamento en el envío de Cristo. Pablo VI, en la exhortación *Evangelii nuntiandi*, escribe que “existe, por tanto, un nexo íntimo entre Cristo, la Iglesia y la evangelización”²⁴. La persona de Jesucristo y su enseñanza constituyen, pues el fundamental apoyo para el envío de la Iglesia²⁵.

Por el envío de Cristo, Dios “puso su Morada” (Jn 1,14) en la historia del mundo en el modo nuevo y definido²⁶. Jesús, viniendo al mundo, revela a la humanidad a Dios como Padre que ama a cada ser humano en manera incondicional. En el diálogo con Felipe, Cristo da testimonio de su unidad con el Padre: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14,9). Y en otro lugar Jesús dice de sí mismo “Yo y el Padre somos uno” (Jn 10,30). En esta unidad con el Padre, Cristo tiene profunda conciencia de ser enviado por Él para cumplir una misión especial. De esta manera hay que mirar a la vida terrena de Jesús. Cada momento de su vida fue cumplimiento del envío del Padre Eterno. Cristo mismo da testimonio: “porque para esto he sido enviado” (Lc 4,43).

Con el envío de Jesús está relacionado el carácter misionológico de la Iglesia. Y como Cristo fue enviado por su Padre, así Él también envía la Iglesia fundada por Él mismo. “Como Padre me envió también yo os envío” (Jn 20,21). Al mismo tiempo Jesús insiste que la misión o envío de la Iglesia es la realización del plan del Padre. Esta continuidad es expresada en la palabras de Cristo: “Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo” (Jn 17,18). La Iglesia es por tanto comunidad para ser misionera que, en nombre de Jesús, proclama la Buena Noticia a toda la creación.

“La Iglesia lo sabe porque tiene viva conciencia de que las palabras del Salvador – «Es preciso que anuncie también el reino de» — se aplican con toda verdad a ella misma. [...] La tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia” (EN 36). Esta tarea misionera es cada vez más urgente ante los cambios profundos de la sociedad actual. Evangelizar constituye, en efecto, la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia,

²² Cfr. RM 30; EN 75.

²³ Cfr. Y. Congar, *Zasady doktrynalne*, en: W. Kowalak ed., *Misje po Soborze Watykańskim II*, Płock 1981, pp. 88–89.

²⁴ EN 16.

²⁵ Cfr. RM 1.

²⁶ Cfr. AG 3.

reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la Misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa²⁷.

Cristo realiza su misión en el acto de la Encarnación. Al recibir un cuerpo humano, Jesús expresa cercanía y solidaridad de Dios con la humanidad. Con la venida del Emmanuel se empieza el tiempo especial de la realización del plan Divino de la salvación. “al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la condición de hijos” (Ga 4,4–5). Al empezar la realización pública de su envío, Cristo anuncia ante todo un reino, el reino de Dios, tan importante que, en relación a él, todo se convierte en “lo demás”, que es dado por añadidura. Solamente el reino es pues absoluto y todo el resto es relativo²⁸. La ley principal del Reino de Dios es el amor. Jesús por eso proclama la Buena Noticia, revela el amor del Padre hacia cada persona humana. Ya su misma persona es como primer acto de evangelización. En Cristo, pues, Dios Padre empieza la gran obra de anunciar el amor. La fuerza de Cristo y “el secreto de la eficacia de su acción consiste en la identificación total con el mensaje que anuncia; proclama la «Buena Nueva» no sólo con lo que dice o hace, sino también con lo que es”²⁹.

Así como no se puede comprender la evangelización de Jesucristo sin el proyecto del Reino de Dios y de la salvación, tampoco se puede comprender la misión de la Iglesia de Cristo, para esto algunas preguntas básicas: ¿en qué consiste la misión de la Iglesia, si no es al servicio de la realización del Reino de Dios? La Iglesia, pues, como Cuerpo misionero de Jesucristo, continúa la misión de su Fundador. La misión cristiana se apoya en la dimensión redentora de la muerte y resurrección de Cristo que continúa en la Iglesia. Es decir, la muerte y resurrección de Cristo es el principio fundamental de la misión de la Iglesia, cuyo propósito es “esclarecer cómo se ha dispensado el misterio escondido desde siglos en Dios, creador del universo” (Ef 3,9)³⁰. Dios revela a la Iglesia “el misterio de su voluntad [...], hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra” (Ef 1,9–10).

“Jesucristo es el camino principal de la Iglesia”, escribió Juan Pablo II en la *Redemptor hominis* n. 38. La misión de la Iglesia no es auténtica sin la proclamación de Jesucristo Crucificado y Resucitado. En el mundo puede haber muchas «misiones», pero lo que hace la misión de la Iglesia única en su género, es Jesucristo. La dimensión misionera de la Iglesia deriva íntegramente de la persona de Cristo y del envío del Espíritu Santo. No se puede olvidar la presencia de la Tercera Persona Divina en cada momento de la misión salvífica, pues precede, acompaña

²⁷ EN 14.

²⁸ Cfr. EN 8.

²⁹ RM 13.

³⁰ Cfr. S. Karotemprel, *Kościół misyjny. Podstawowe studium misjologii*, Warszawa 1997, pp. 61–62.

e ilumina la misión de Cristo en la Iglesia. El envío tanto del Hijo como del Espíritu procede de la misma fuente, Dios Padre, quien al llegar la plenitud de los tiempos envió a su Hijo para salvar al mundo. Dios Padre envía al Espíritu Santo a quien llama Espíritu “de su Hijo” (cfr. Gal 4,4–6)³¹. “Cuando venga el Paráclito – Cristo anunciaba el envío del Espíritu Santo – que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí” (Jn 15,26).

El día de Pentecostés significó para la Iglesia un acontecimiento muy importante, porque en aquel momento Cristo cumplió su promesa: envió desde el Padre el Espíritu Santo prometido “para que realizara interiormente su obra salvífica e impulsara a la Iglesia hacia su propia dilatación. Sin duda, el Espíritu Santo obraba ya en el mundo antes de la glorificación de Cristo. Sin embargo, descendió sobre los discípulos en el día de Pentecostés, para permanecer con ellos eternamente”³². El Espíritu Santo, “es el ritmo de la misión del Hijo, que ha venido al mundo, naciendo de la Virgen María por obra del Espíritu Santo; y por el otro, es también el ritmo de la misión del Espíritu Santo, como ha sido revelado definitivamente por Cristo. Gracias a la «partida» del Hijo, el Espíritu ha venido y viene constantemente como Paráclito y Espíritu de la verdad. Y en el ámbito de su misión, casi como en la intimidad de la presencia invisible del Espíritu, el Hijo, que «se había ido» a través del misterio pascual, «viene» y está continuamente presente en el misterio de la Iglesia, ocultándose o manifestándose en su historia y dirigiendo siempre su curso”³³. El Espíritu Santo es el alma de esta Iglesia, es quien explica a los fieles el sentido profundo de las enseñanzas de Jesús y su misterio. Él es quien hoy, al igual que en los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por Él. Puede decirse que el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización: Él es quien toca lo profundo de las conciencias de cada uno para aceptar y comprender la Palabra y para anunciar el Evangelio de salvación; pero es al mismo tiempo término de la evangelización³⁴. Sin duda, el Espíritu Santo es de veras y siempre “el protagonista de toda la misión eclesial”³⁵. La naturaleza misionera de la Iglesia depende del Espíritu Santo, e incluso se puede decir que el día de Pentecostés es la fiesta misionera de la Iglesia³⁶.

Teniendo presente las reflexiones anteriores, la Santísima Trinidad es entonces no solamente fuente de la actividad misionera de la Iglesia, sino también su fuerza dinámica y fundamento último. Además, es importante tener presente la perspectiva

³¹ Cfr. Y. Congar, *Zasady doktrynalne*, en: *Misje po Soborze Watykańskim II*, ed. W. Kowalak, Płock 1981, pp. 88–89.

³² AG 4.

³³ DEV 61.

³⁴ Cfr. EN 75.

³⁵ RM 21.

³⁶ Cfr. A. Wolanin, *Duchowość misyjna*, <http://mateusz.pl/goscie/zd/21/zd21-10.htm> [4 de abril 2009].

de envío del Cuerpo Místico de Cristo que es la Iglesia: Dios Trino y Uno, Padre, Hijo y Espíritu Santo. La Santísima Trinidad es fuente y cumplimiento final de la misión de la Iglesia.

LA IGLESIA COMO SIGNO E INSTRUMENTO DE LA SALVACIÓN EN EL MUNDO

El Concilio Vaticano II en la Constitución *Lumen Gentium* afirma, “que la Iglesia es como sacramento universal de salvación”³⁷, pero esta afirmación hay que entenderla como misterio, un misterio que manifiesta el plan salvífico de Dios, realizado en Cristo y manifestado en la Iglesia por la efusión del Espíritu Santo³⁸. La Iglesia no es nada más y nada menos que la manifestación del plan de Dios en el mundo y en su historia; ella conduce hacia su término y de manera visible la historia de la salvación. La Iglesia significa en el mundo la salvación de Dios para la humanidad. No se puede entonces separar la naturaleza de la Iglesia de la misión de la Iglesia, porque la Iglesia es sacramento universal de salvación y para la salvación. Su finalidad y funcionalidad se implican necesariamente en una misma realidad³⁹. La Iglesia visible es sacramento universal de salvación, ya por el mismo hecho de existir en el mundo, porque Dios la ha puesto en el mundo para que los hombres y toda la creación se enteren de que Dios los quiere salvar⁴⁰.

La Iglesia expresa visiblemente su sacramentalidad en el mundo a través de su actividad. Por ella la Iglesia da testimonio de la realización del mandato de Cristo, de predicar la Buena Noticia por moción del Espíritu Santo⁴¹. Primero y el principal modo es el testimonio de la vida. En él, pues, se hace signo para el mundo, pero antes tiene que ser signo para sí misma. Por eso debe ser comunidad auténtica. Su existir debe ser testimonio y se hace presente de la verdadera comunión de Dios⁴². La Iglesia realizando el envío de Cristo, está llamada a seguir el mismo camino que su Fundador. El testimonio de esto va por la vida de pobreza, de obediencia, de servicio entregándose totalmente, hasta la muerte⁴³. En el contexto de la misión “ad gentes” Juan Pablo II recuerda que “la Iglesia y los misioneros deben dar también testimonio de humildad, ante todo en sí mismos, lo cual se traduce en la capacidad de un examen de conciencia, a nivel personal y comunitario, para corregir en los

³⁷ LG 48.

³⁸ Cfr. LG 48.

³⁹ Cfr. E. Schillebeeckx, *La misión de la Iglesia*, Salamanca 1971, p. 63.

⁴⁰ O. Semmelroth, *La Iglesia como sacramento de la salvación*, en: *Mysterium Salutis IV*, Madrid 1973, p. 345.

⁴¹ Cfr. AG 5.

⁴² Cfr. E. Schillebeeckx, *La misión de la Iglesia*, Salamanca 1971, p. 71.

⁴³ Cfr. AG 5.

propios comportamientos lo que es antievangélico y desfigura el rostro de Cristo”⁴⁴. En ese contexto el Papa recuerda las famosas palabras de Pablo VI, el cual escribió en *Evangelii Nuntiandi* que “el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio”⁴⁵. De esto se puede sacar una simple conclusión, la Iglesia es visible sacramento en el mundo porque “mediante su conducta, mediante su vida, [...] evangelizará al mundo, es decir, mediante un testimonio vivido de fidelidad a Jesucristo, de pobreza y desapego de los bienes materiales, de libertad frente a los poderes del mundo, en una palabra de santidad”⁴⁶.

La Iglesia es signo de la salvación que Cristo ofrece gratuitamente al mundo. No de otra salvación, sino de la acción salvífica de Cristo. Por consiguiente, la Iglesia no ofrece ni manifiesta una salvación distinta a la de Cristo, ni con otros medios distintos a aquellos utilizados por Cristo. El acontecimiento salvador de Cristo comienza por la misión del Hijo, enviado por el Padre al mundo y a nuestra historia, para la reconciliación de los pecadores. En este primer momento o movimiento de descenso, el Hijo es la Palabra de Dios que se encarna en el mundo y que desciende a los hombres, para hablarles como amigo, interpelarlos y decirles cuánto Dios los quiere y ama⁴⁷. A este movimiento de descenso, en el cual Dios Padre se revela al mundo, responde un segundo movimiento, un movimiento de retorno, en el que el mismo Cristo ofrece al Padre la respuesta de la humanidad. En la encarnación, el Hijo es la Palabra de Dios dirigida a los hombres; Cristo es la respuesta de la humanidad a Dios. Por tanto, el acontecimiento de la salvación se realiza en un diálogo, cuya primera fase está constituida por el descenso mediador del Hijo como Palabra del Padre dirigida a los hombres, y una segunda fase constituida por el retorno del Hombre-Dios hacia el Padre.

La Iglesia es por tanto el sacramento o signo que actualiza y significa este acontecimiento salvador de Cristo. De modo que, su acción salvífica se realiza siempre en un doble movimiento dialógico que actualiza el acontecimiento de Cristo en y para el mundo. En otras palabras, la vida de la Iglesia es y tiene que ser esencialmente la realización de un doble servicio: el de la palabra y el del sacrificio. La encarnación de la Palabra de Dios se actualiza y se hace perceptible a los hombres de cada tiempo y lugar en la predicación de la palabra. El sacrificio redentor de Cristo se actualiza y manifiesta a cada generación en la celebración de los sacramentos⁴⁸.

¿Cómo la Iglesia realiza su misión salvífica en el mundo? Con la palabra y los sacramentos. La Iglesia cumple su misión con estos dos medios. Existe absoluta

⁴⁴ RM 43.

⁴⁵ EN 41.

⁴⁶ Ibidem

⁴⁷ Cfr. DV 2.

⁴⁸ O. Semmelroth, *La Iglesia como sacramento de la salvación*, en: *Mysterium Salutis* IV, Madrid 1973, p. 347.

coherencia y unidad entre la palabra que se predica y el sacramento que se celebra⁴⁹. La palabra no es ni un fenómeno aislado ni un dato meramente conceptual. Quien la pronuncia ha de confirmarla con las obras. En el plano de la historia de la salvación no existen palabras sin referencia a la realidad, a obras que confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan. Toda palabra de salvación tiene que estar apoyada por hechos salvadores. La palabra, afirmada por la vida, es luz. Es por tanto, creadora e intérprete de la historia. Cuando los Apóstoles, sus sucesores y colaboradores son enviados para anunciar a los hombres a Cristo, salvador del mundo, ejercen su apostolado apoyados en el poder de Dios, en la fuerza del evangelio, que actúa en la debilidad de sus testigos. Es preciso, pues, que la palabra se fundamente no en la humana sabiduría o en las posibilidades humanas, sino en los recursos de Dios⁵⁰.

En cuanto a los sacramentos, son considerados por la Iglesia necesarios para la salvación. Un sacramento es un acto salvífico personal del mismo Cristo, que manifiesta visiblemente su presencia y gracia en la Iglesia⁵¹. Dios podía habernos dado su gracia de otra manera, pero ha querido acomodarse a nuestra condición encarnada y, por tanto, a nuestra expresividad por medio de signos y símbolos. La razón de ser del sacramento y su sentido no se deduce de una reflexión puramente filosófica o metafísica. Se trata de un dato histórico, como nos consta del dato revelado y de la tradición entera de la Iglesia. Y, por otra parte, es consecuencia de un proyecto de salvación que respeta íntegramente la condición humana histórica y se manifiesta en su dimensión comunitaria y social fundamental, como cuerpo y comunidad eclesial. Finalmente, está también la dimensión de la aportación personal, que, sin negar la eficacia del signo en sí, subraya la respuesta libre del hombre a la interpelación de Dios, pues todo sacramento presupone la fe del creyente⁵².

CONCLUSIÓN

La Constitución *Lumen gentium* muestra el misterio de la Iglesia en relación con la Santísima Trinidad. En la perspectiva del eterno concepto del Padre, la Iglesia aparece desde principio, en el pensamiento de los Apóstoles, y de las primeras generaciones de los cristianos, como el fruto del amor, que une al Padre con el Hijo en el seno de la Trinidad: justamente con la fuerza de este amor el Padre quiso unir a toda la creación en su Hijo. *Mysterium Ecclesiae* surge por lo tanto de *Mysterium Trinitatis*. Además en el *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia* el Concilio Vaticano II había definido que: “La Iglesia es misionera por su

⁴⁹ K. Rahner, *Palabra y Eucaristía*, Madrid 1990, p. 340.

⁵⁰ Cfr. GS 78.

⁵¹ Cfr. LG 11.

⁵² Cfr. E. Schillebecckx, *Cristo, sacramento del encuentro con Dios*, Pamplona 1971, p. 68.

naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre⁵³. Con esta afirmación el Concilio ha definido en su esencia la dimensión misionera de la Iglesia, y ha reafirmado que la predicación del Evangelio a todos los hombres es la principal tarea de la Iglesia – la salvación.

BIBLIOGRAFÍA

Documentos del Concilio Vaticano II

Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia „Lumen gentium”* (21 XI 1964), http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html [5 de abril 2009].

Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática sobre la Divina Revelación „Dei Verbum”* (18 XI 1965), http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vatii_const_19651118_dei-verbum_sp.html [5 de abril 2009].

Concilio Vaticano II, *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia „Ad gentes divinitus”* (7 XII 1965), http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_decree_19651207_ad-gentes_sp.html [5 de abril 2009].

Concilio Vaticano II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual „Gaudium et spes”* (7 XII 1965), http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html [5 de abril 2009].

Documentos del Romano Pontífice

Pablo VI, *Exhortación apostólica acerca de la evangelización en el mundo contemporáneo „Evangelii nuntiandi”* (8 XII 1975), http://www.vatican.va/holy_father/paul_vi/apost_exhortations/documents/hf_p-vi_exh_19751208_evangelii-nuntiandi_sp.html [5 de abril 2009].

Juan Pablo II, *Encíclica „Dominum et vivificantem”* (18 V 1986), http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_18051986_dominum-et-vivificantem_sp.html [5 de abril 2009].

Juan Pablo II, *Encíclica „Redemptoris missio”* (7 XII 1990), http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_07121990_redemptoris-missio_sp.html [5 de abril 2009].

Libros y artículos

Congar Y., *La Iglesia como pueblo de Dios*, „Concilium” 1 (1965), pp. 9–33.

Congar Y., *Zasady doktrynalne*, en: *Misje po Soborze Watykańskim II*, ed. W. Kowalak, Płock 1981.

Karotemprel S., *Kościół misyjny. Podstawowe studium misjologii*, Warszawa 1997.

Kowalak W., *Teologiczne podstawy zaangażowania misyjnego*, Warszawa 1997.

Müller K., *Teologia misji*, Warszawa 1989.

⁵³ AG 2.

Rahner K., *Palabra y Eucaristía*, Madrid 1990.

Schillebecckx E., *Cristo, sacramento del encuentro con Dios*, Pamplona 1971.

Schillebecckx E., *La misión de la Iglesia*, Salamanca 1971.

Semmelroth O., *La Iglesia como sacramento de la salvación*, en: *Mysterium Salutis*, t. IV–1, Madrid 1973.

Wolanin A., *Duchowość misyjna*, <http://mateusz.pl/goscie/zd/21/zd21-10.htm> [4 de abril 2009].

MISYJNA NATURA KOŚCIOŁA JAKO FUNKCJA SOTERIOLOGICZNA W ŚWIETLE DOKUMENTÓW SOBORU WATYKAŃSKIEGO II

Streszczenie

Sobór Watykański II w konstytucji *Lumen gentium* ukazuje misterium Kościoła w relacji do Najświętszej Trójcy. Ukazując w perspektywie owoc miłości, który jednoczy Ojca z Synem w łonie Trójcy, gdzie właśnie siłą tej miłości Ojciec zechciał zjednoczyć całe stworzenie w swoim Synu. Zatem gdzie *Mysterium Ecclesiae* wypływa z *Mysterium Trinitatis*. Ponadto w dekreście o działalności misyjnej Kościoła pojawia się definicja, że: „Kościół pielgrzymujący jest misyjny ze swej natury, ponieważ swój początek bierze wedle planu Ojca z posłania (*ex missione*) Syna i z posłania Ducha Świętego. Plan ten zaś wypływa ze źródła miłości, czyli z miłości Boga Ojca” (n. 2). Tym twierdzeniem Sobór zdefiniował istotę misyjnego wymiaru Kościoła, i potwierdził, że głoszenie Ewangelii każdemu człowiekowi jest podstawowym zadaniem Kościoła – zbawieniem.

Słowa kluczowe: Sobór Watykański II, dokumenty Kościoła, Trójca Święta, misyjna natura Kościoła, zbawienie

THE MISSIONARY NATURE OF THE CHURCH AS A SALVIFIC ROLE IN THE LIGHT OF THE SECOND VATICAN COUNCIL DOCUMENTS

Summary

The Second Vatican Council in the Constitution *Lumen gentium* shows the mystery of the Church in relation to the Holy Trinity. In the perspective as the fruit of love which unites the Father with the Son within the Trinity: just on the strength of this love the Father wanted to unite all creation in his Son. *Mysterium Ecclesiae* arises therefore *Mysterium Trinitatis* by. Also in the Decree on the Missionary Activity of the Church defined it: "The Church is missionary by nature since its origin in the mission of the Son and of the Holy Spirit, according to the plan of God the Father" (AG 2). With this statement the Council has identified in its essence the missionary dimension of the Church, and it reaffirmed that the preaching of the Gospel to all men is the main task of the Church – salvation.

Keywords: The Second Vatican Council, documents of the Church, Holy Trinity, missionary origin of the Church, salvation

Palabras claves: Concilio Vaticano II, documentos de la Iglesia, Santísima Trinidad, naturaleza misionera de la Iglesia, salvación